

consultarle su padre acerca del asunto; Luisa le hacia gracia, su dote le seducía, dijo que sí y aceptó todas las fechas que Saccard quiso fijar por ahorrarse el trabajo de discutir. Pero en el fondo ya sabía que no se arreglaría el negocio tan fácilmente, pues Renata no consentiría de modo alguno; lloraría, daría espectáculo y sería capaz de provocar algún escándalo gordo que asombrase á todo París. Aquello era muy desagradable. Entonces ella le daba miedo. La joven le dominaba con sus inquietas miradas y tan despóticamente le poseía, que Máximo creía sentir clavarse en sus hombros las uñas de su madrastra cuando ésta dejaba caer en ellos su blanca mano. Su turbulencia se convertía en brusquedad, y en el fondo de su risa había sonidos extraños. Máximo temía realmente que una noche se volviese loca entre sus brazos. Los remordimientos, el temor de ser sorprendida y los crueles goces del adulterio no se traducían en ella como en las demás mujeres, en lágrimas y disgustos, sino en mayores extravagancias y en la necesidad cada vez más irresistible de bullicio. Y en medio de su creciente desvarío se empezaba á oír un rugido, el trastorno de aquella encantadora y admirable máquina que se rompía.

Máximo esperaba una ocasión que le librase de aquella querida molesta. Decía que había hecho una tontería. Si su compañerismo había puesto al

principio en sus amorosas relaciones mayor voluptuosidad, en cambio le impedía romper con ella, como ya lo hubiera hecho seguramente con otra mujer. No hubiera vuelto; aquel era su sistema de reñir con sus queridas, para evitarse toda cuestión y toda lucha. Pero se sentía incapaz de un rompimiento, y se abandonaba hasta con gusto á las caricias de Renata; ésta continuaba mostrándose maternal, pagaba por él y le sacaba de apuros si algún acreedor le molestaba. Por otra parte, la idea de Luisa, la idea del millón de dote bullía de nuevo en el cerebro del joven y le hacía pensar, hasta en los brazos de Renata, que todo aquello era muy bonito, pero que no podía continuar.

Una noche se vió Máximo tan rápidamente desbancado en casa de una señora donde frecuentemente se jugaba hasta el amanecer, que sintió una de esas muchas iras de jugador cuyos bolsillos están vacíos. Hubiera dado todo un mundo por poder arrojar unos luíses más sobre el tapete. Cogió su sombrero y con el paso maquinal de un hombre impulsado por una idea fija, fué al Parque Monceaux, abrió la reja y se encontró en la estufa. Eran más de las doce. Renata le había prohibido ir aquella noche. Cuando ella le cerraba la puerta, se marchaba sin esperar siquiera á una explicación, aprovechando la dicha de gozar un día libre,

No se acordó de la prohibición de la joven sino cuando se encontró delante de la puerta-ventana del saloncito, que estaba cerrada. Generalmente, cuando él debía ir, Renata recorría de antemano la falleba de aquella puerta.

—¡Bah!—pensó al ver por la ventana que aun había luz en el gabinete-tocador,—voy á silbar y bajará. No la molestaré mucho: si tiene algunos luises me iré en seguida.

Y silbó suavemente. Con frecuencia empleaba aquella señal para anunciar su llegada, mas aquella noche repitió los silbidos en vano. Pero el joven se obstinó, silbando más fuerte y no queriendo marcharse sin dinero.

Por fin vió abrirse con infinitas precauciones la ventana y apareció Renata con el cabello suelto, casi sin ropa y como si fuese á acostarse. Estaba con los pies desnudos y empujó al joven hacia uno de los cenadores, deslizándose en la arena de las avenidas y sin parecer sentir el frío y las asperezas del suelo.

—Es una barbaridad silbar tan fuerte,—murmuró con mal contenida cólera.—Te había dicho que no vinieras. ¿Qué quieres?

—Subamos,—dijo Máximo sorprendido ante aquella acogida.—Te lo diré arriba. Aquí vas á pillar una pulmonía.

Pero al dar el primer paso, Renata le detuvo, y

entonces el joven notó que estaba horribilmente pálido. Parecía agobiada por un mudo espanto. Sus ropas interiores, los encajes de su camisa, colgaban como trágicos girones sobre su estremecida piel.

La examinaba con creciente asombro.

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma?—preguntóla.

E instintivamente levantó la vista y observó á través de la ventana por donde había visto la luz.

—En tu cuarto hay un hombre;—dijo de pronto.

—No, no, eso no es verdad,—balbuceó Renata suplicante y enloquecida.

—No mientas, querida, veo la sombra.

Quedaron un instante frente á frente no sabiendo qué decirse.

Los dientes de Renata entrechocaban por el terror y le parecía que le arrojaban cubos de agua fría sobre los pies desnudos. Máximo sentía mayor irritación de la que él mismo hubiera creído, pero su situación era todavía lo bastante desapasionada para aprovechar la ocasión de un rompimiento.

—No me querrás hacer creer que es Celeste la que lleva un palató,—continuó —Si los cristales de la estufa no fuesen tan turbios, tal vez reconocería al sujeto.

Renata le arrastró hasta lo más profundo del follaje y presa cada vez de mayor espanto, dijo:

—Máximo, te ruego...

Pero aquel asentimiento había despertado el carácter maligno y burlón del joven, con tal ferocidad que sólo pensó en vengarse; mas no bastaba la cólera de que estaba poseído para calmar los transportes de su débil naturaleza.

El despecho frunció su entrecejo y en lugar de pegarla, como tuvo intención de hacer en el primer momento continuó diciendo:

—Hubieras debido decírmelo, y yo no habría venido á molestarte... Terminar las relaciones es cosa corriente; ya ves, yo mismo empezaba á cansarme. Vamos, no te impacientes. Voy á dejar que te marches, pero antes me has de decir quién hay contigo.

—Nunca, nunca,—exclamó la joven sofocando sus lágrimas.

Máximo la había cogido por las muñecas y la miraba, sonriendo malévolamente; ella luchaba por desprenderse y sin abrir los labios para que no se le escapara el nombre que él le pedía.

—Vamos á hacer ruido y tú serás quien pierda. ¿Qué temes? ¿No somos buenos amigos? Quiero saber quien me sustituye; tengo derecho... Espera, te ayudaré á recordar. ¿Es de Mussy, cuyo dolor te ha conmovido?

Renata no respondió, bajando los ojos ante semejante interrogatorio.

—¿No es Mussy?... Entonces será el duque de Rozán... ¿Tampoco?... ¿Quizás el conde de Chibray?... ¿No?...

Y se detuvo como para meditar.

—No adivino quién pueda ser... Supongo que tampoco será mi padre.

Renata temblaba como si la amenazasen con un hierro candente y dijo por fin sordamente:

—No, ya sabes que no entra en mi cuarto; yo no aceptaría; eso sería indigno.

—¿Quién es, pues?

Y le apretaba las manos con más fuerza. La pobre mujer luchó algunos momentos más.

—¡Oh Máximo, si supieses!... Pero no puedo decírtelo.

Después, anonadada, confundida y mirando con terror la ventana iluminada, balbuceó:

—Es M. de Saffré.

Máximo, á quien aquel juego cruel divertía, palideció ante tal revelación solicitada por él con tanta insistencia. Aquel nombre le produjo un dolor inesperado y rechazando violentamente á Renata, se acercó después á ella, diciéndola con los dientes apretados por la ira:

—¡Eres una p...

Ibase ya, cuando Renata corrió hacia él, sollo-

zando, cogiéndole entre sus brazos, murmurando palabras de ternura, demandas de perdón, jurando que siempre le adoraba y que al día siguiente se lo explicaría todo. Pero el joven se desprendió de sus brazos y cerró violentamente la puerta de la estufa, replicando:

—¡No! ¡Se acabó; ya estoy hartol

Renata se quedó aterrada, le vió cruzar el jardín y le pareció que los árboles del jardín giraban á su alrededor. Después, arrastrando lentamente sus desnudos pies sobre la fría arena de la avenida, volvió á subir las escaleras del pórtico, con la piel amoratada por efecto del frío y más trágica en el desorden de sus encajes. Cuando llegó á su cuarto respondió á las preguntas de su marido que era quien estaba en él, que se le había perdido un tarjetero y le pareció recordar el sitio.

Cuando se hubo acostado sintió repentina é inmensa desesperación, reflexionando que hubiera podido decir á Máximo que era su padre quien estaba con ella y quien la había seguido á su cuarto para hablar de un asunto cualquiera.

Al día siguiente fué cuando Saccard se decidió á provocar el desenlace del negocio de Charonne. Su mujer le pertenecía; acababa de verla, dulce é inerte entre sus brazos, como un objeto que se abandona. Además, iba á suspenderse el tratado del bulevar del Príncipe Eugenio y era preciso

que Renata fuera despojada antes que la expropiación se hiciera pública. Saccard mostraba en todo aquel negocio verdadero amor de artista; veía con regocijo como maduraba su plan; tendía sus redes con el refinamiento y la coquetería de un cazador que quiere apoderarse galantemente de una pieza. Aquello era en él simplemente la satisfacción del jugador hábil, del hombre que saborea con voluptuosidad el fruto robado; quería conseguir los terrenos por un pedazo de pan, sin perjuicio de dar cien mil francos á su mujer, en medio de la alegría del triunfo. Las más sencillas operaciones, desde el momento en que él intervenía en ellas, se complicaban y convertían en oscuros dramas en sus manos; se apasionaba y hubiera sido capaz de pegar á su propio padre, por una moneda de cinco francos, y sin embargo, después tiraba el oro á puñados.

Pero antes de obtener de Renata la cesión de su parte de propiedad, tuvo la prudencia de tantear á Sansonneau acerca de las intenciones que había sospechado en él. En esta circunstancia le salvó su instinto. El agente de expropiaciones había creído que el fruto estaba ya maduro y que podía cojerlo. Cuando Saccard penetró en el gabinete de la calle de Rivoli, encontró á su compadre con señales evidentes de estar entregado á la más profunda desesperación.

—¡Ay amigo mío!—murmuró Sansonneau cogiéndole las manos.—Estamos perdidos... Iba á ir á tu casa para que nos pusiéramos de acuerdo con objeto de salir de este horrible atolladero...

Mientras se retorció los brazos y ensayaba un gemido, reparó Saccard en que, al entrar él, Sansonneau estaba firmando unas cartas, y que las firmas estaban hechas con admirable limpieza. Mirándole tranquilamente, exclamó:

—Pero ¿de qué se trata?

De pronto Sansonneau no contestó; se había dejado caer en el sillón, y con los codos sobre la mesa y la frente entre las manos, sacudía furiosamente la cabeza. Por fin, dijo sordamente:

—Me han robado el registro, ya sabe...

Y le contó que uno de sus dependientes, un pillo redomado, le había sustraído gran número de expedientes, entre los cuales estaba el famoso registro, siendo lo peor del caso que el ladrón había conocido el partido que podía sacar de aquel documento, y exigía por él cien mil francos.

Saccard reflexionaba: el cuento le parecía demasiado burdo. Era evidente que á Sansonneau le importaba poco ser creído, y que lo que él deseaba era dar á comprender que quería cien mil francos en aquel negocio. A Saccard parecióle grosera la forma de la petición; de buena gana

hubiera récompensado á su colega, pero lo que le irritaba era que le tratase como á un tonto. Por otra parte, no dejaba de estar inquieto, pues conocía al personaje y le creía capaz de llevarle los documentos á su hermano el ministro, quien hubiera dado aquella suma por evitar todo escándalo.

—¡Diablo!—exclamó sentándose.—¡Qué historia más desagradable! ¿No podríamos ver á ese pillo?

—Voy á enviarle un recado,—dijo Sansonneau.—Vive, aquí al lado, en la calle de Juan Gautier.

No habían transcurrido diez minutos, cuando un joven, bizco, de cabellos incoloros y con la cara llena de manchas, entró cuidadosamente, procurando que la puerta no hiciera ruido. Llevaba una mala levita, negra, demasiado grande y raída. Quedó de pie á respetuosa distancia, mirando de reojo á Saccard. Sansonneau, que le llamaba Baptistin, le hizo sufrir un interrogatorio, al que contestó con monosílabos, sin aturdirse lo más mínimo y sufriendo con completa indiferencia los más groseros insultos.

Saccard advirtió la sangre fría de aquel desgraciado. Hubo un momento en que el agente de expropiaciones se levantó de su asiento con ademán de pegarle, y el joven se contentó con retroceder

un paso, torciendo más humildemente aún los ojos.

—Está bien,—dijo el banquero.—¿Con que es decir, caballero, que usted quiere cien mil francos por esos papelotes?

—Justamente; cien mil francos,—respondió el joven, dirigiéndose á la puerta.

Sansonneau fingía no poder contenerse.

—¡Ah, qué canalía!—balbuceó.—¿Ha visto usted qué mirada tan traidora? Esos pillastres, con su tímido aspecto, son capaces de asesinar á un hombre por veinte francos...

Saccard le interrumpió, diciendo:

—¡Bah, no es tan temible! Creo que podremos arreglarnos con él. Otro negocio más grave me trae aquí... Amigo mío, razón tenía usted en desconfiar de mi mujer; fíjese usted que vende su parte á M. Haffner. Dice que necesita dinero, y sin duda, su amiga Susana, es quien la ha aconsejado.

El otro cesó de desesperarse inmediatamente; escuchaba algo pálido, estirando el cuello de la camisa, que había arrugado en su cólera pasada.

—Esta cesión,—continuó Saccard,—es la ruína de nuestras esperanzas. Si M. Haffner se asocia á nuestros negocios, no tan sólo se ven comprometidos nuestros beneficios, sino que temo que nos

veamos en situación muy desagradable frente á ese hombre tan meticoloso, que querrá examinar las cuentas.

El agente de expropiaciones echó á andar con agitados pasos, haciendo crujir sobre la alfombra sus charoladas botas.

—Vea usted,—murmuró,—en qué situaciones se coloca uno por hacer favores... Pero, querido, yo en lugar de usted, prohibiría terminantemente á mi mujer hacer esa tontería, y hasta, si fuera preciso, la daría una paliza.

—¡Ay, amigo mío!—dijo Saccard sonriendo maliciosamente.—Yo no tengo más ascendiente sobre mi mujer que el que usted parece tener sobre ese canalla de Baptistín.

Sansonneau se quedó parado de repente delante de Saccard, quien continuaba sonriendo y le miró profundamente. Después continuó andando á largos pasos, pero más lenta y mesuradamente, y aproximándose al fin á un espejo, arregló el nudo de su corbata y volvió á pasearse, recuperando su elegancia. De pronto exclamó:

—¡Baptistín!

El jovencito bizco entró, pero por otra puerta. No tenía ya el sombrero en la mano, y llevaba una pluma en la mano.

—Ve á buscar el registro,—le dijo Sansonneau.

Cuando salió, discutió acerca de la suma que debía dársele.

—Hágalo usted por mí,—concluyó por decir con franqueza.

Entonces Saccard consintió en dar treinta mil francos sobre el negocio de Charonne; calculando que salía muy beneficiado todavía de entre las enguantadas manos del usurero. Este último hizo extender el pagaré á su nombre, representando la comedia hasta el final, y diciendo que el daría cuenta de los treinta mil francos al joven. Saccard, con risas de satisfacción y alivio, quemó hoja por hoja el registro á la llama de la chimenea. Después de terminada esta operación, cambió vigorosos apretones de manos con Sansonneau y se separó de él diciendo:

—¿Irás usted á casa de Laura esta noche, verdad? Espéreme allí. Ya lo habré arreglado todo con mi mujer y tomaremos nuestras últimas disposiciones.

Laura de Aurigny que mudaba con frecuencia de habitación, vivía entonces en una gran casa del bulévar Hanssman, frente á la capilla expiatoria. Había fijado un día á la semana para recibir, como las señoras de la aristocracia, siendo aquella la manera de reunir en un día de la semana á todos los que la veían uno por uno en los estantes. Aristides Saccard triunfaba los martes

por la noche; era el amante oficial y volvía á otro lado la cabeza con vaga sonrisa, cuando el ama de la casa le hacía alguna traición entre puertas, concediendo en la misma noche, cita á alguno de aquellos caballeros. Cuando se quedaba solo con ella, encendía un cigarro y charlaban de negocios, bromeando un momento acerca del señor que pillaba un resfriado, aguardando en la calle á que él saliera; en seguida y después de llamar á Laura «su querida niña» y de darle un golpecito en la mejilla, salía tranquilamente por una puerta, mientras el señor que aguardaba entraba por la otra.

El secreto tratado de alianza que había consolidado su crédito y hecho que Laura encontrase dos mobiliarios en un mes, continuaba divirtiéndoles. Pero Laura deseaba el desenlace de aquella comedia, que debía consistir, según habían tratado los dos, en perjuicio de algún imbécil que pagaría caro el derecho de ser el amante formal y conocido de todo París. El imbécil ya lo había encontrado: el duque de Rozán, cansado de fastidiar vanamente á las mujeres de la buena sociedad, aspiraba á la fama de crapuloso, para poner de relieve todo lo insulso de su persona. Era asíduo concurrente á las tertulias de Laura, cuya conquista había hecho por su absoluta candidez: desgraciadamente, á los treinta y cinco años, se

hallaba aún bajo la tutela de su madre, hasta el punto de que sólo podía disponer de tarde en tarde de una docena de luises. Las noches en que Laura se dignaba aceptarlos, lamentándose y hablando de cien mil francos que necesitaba, el duque suspiraba y le prometía aquella cantidad para cuando él fuese el amo. Entonces fué cuando tuvo la idea de hacerle trabar amistad con Sansonneau, un buen amigo de la casa. Los dos hombres fueron á almorzar juntos á Tortoni, y á los postres, Sansonneau, refiriendo sus amores con una linda española, dijo que conocía prestamistas, pero aconsejó calurosamente á Rozán que no se entregase nunca en manos de ellos. Aquella confidencia trastornó al duque, quien terminó por arrancar á su buen amigo la promesa de ocuparse de su negocio y tan bien se ocupó, que quedó en que aquella misma noche le llevaría el dinero á casa de Laura.

Cuando Sansonneau llegó, no había en el salón de la Aurigny más que cinco ó seis mujeres, quienes le cogieron de la mano y saltaron á su cuello con furiosa ternura, llamándole «el gran Sar», diminutivo cariñoso que Laura había inventado. El, con voz aflautada, respondía:

—¡Quietas, quietas, gatitas mías, que vais á aplástarte el sombrero!

Calmadas ya, rodearon la butaca en que se ha-

bían sentado, en tanto que él las contaba una indigestión de Silva, con la cual había comido la víspera. Después, sacando una cajita del bolsillo de su frac, ofrecióles pastillas. Salió Laura de su dormitorio y al ver que ya iban llegando muchos señores, hizo pasar á Sansonneau á un retrete situado en uno de los extremos del salón, del cual les separaba una doble puerta.

—¿Traes el dinero?—le preguntó cuando estuvieron solos.

Sansonneau se inclinó galantemente, golpeando al propio tiempo el bolsillo interior del frac.

—¡Oh gran Sar!—murmuró la joven entusiasmada, estrechándole entre sus brazos y besándole.

—Espera,—añadió,—quiero en seguida los monises.... Rozán está en mi cuarto, voy á buscarle.

Sansonneau la detuvo, y besándola á su vez en los hombros, dijo:

—¿Sabes ya la comisión que te he pedido á ti?

—¡Pues es claro, borrico! Está convenido.

Y volvió conduciendo á Rozán. Sansonneau estaba más correctamente vestido que el duque, enguantado con más pulcritud y encorbato con más arte. Se estrecharon con negligencia las manos y hablaron de las carreras de la antevíspera,

en las que uno de sus amigos había perdido un caballo. Laura estaba impaciente.

—¡Bu-no! eso no nos interesa, querido mío,— dijo á Rozán;—el gran Sartane, el dinero, ¿sabes? Es preciso concluir.

Sansonneau pareció recordar.

—¡Ah! sí, es verdad,—dijo,—tengo la cantidad. Pero ¿qué hubiera usted hecho en seguir mi consejo? ¿Pues no han tenido la osadía esos bribones de exigirme el cincuenta por ciento? Pero á pesar de todo he aceptado, porque usted me había dicho que no le importaba nada...

Laura de Aurigny, con toda prevención, había comprado aquella mañana algunos pliegos de papel sellado, pero cuando dijeron que se necesitaba un tintero y una pluma, se quedó mirando á los dos hombres con semblante asustado, dudando encontrar en su casa aquellos objetos. La joven quiso ir á la cocina á ver si los había y cuando ya se disponía á salir, Sansonneau sacó de su bolsillo dos maravillas: un portaplumas de plata que se alargaba con el anillo de un tornillo y un tintero de acero y ébano, tan fino, y tan delicado como una joya. Al sentarse Rozán, le dijo el usurero:

—Ponga usted los pagarés á mi nombre. Comprenderá usted que no he querido comprometerle. Ya nos arreglaremos nosotros... Seis pagarés de veinticinco mil francos cada uno, ¿no es eso?

Laura contaba en una esquina de la mesa los «monises», que ni siquiera llegó á tocar con sus manos Rozán.

Cuando éste hubo firmado y levantó la cabeza, ya habían desaparecido en el bolsillo de la joven; pero se acercó á él y le besó en las mejillas, lo cual pareció entusiasmarle. Sansonneau los miraba filosóficamente, doblando los pagarés y volviendo á meter en el bolsillo el portaplumas y el tintero.

Todavía estaba la mujer abrazada al cuello de Rozán, cuando Aristides Saccard levantó el portier.

—Muy bien. No os molestéis,—dijo riendo.

El duque se puso colorado y Laura estrechó la mano del negociante, cambiando con él una señal de inteligencia. La joven parecía muy contenta.

—La cosa ya está hecha,—dijo á Saccard, — estaba usted prevenido. ¿No me querrá usted un poco?

Aristides se encogió de hombros con aire de bondad, y separando las dos hojas del portier, apartóse para dejar paso á Laura y al duque, exclamando con voz chillona de uqier:

—¡El señor duque y la señora duquesa!

Aquella ocurrencia tuvo un éxito extraordinario, y al día siguiente los periódicos la refirieron nombrando con completa claridad á Laura de Au-

rigny y con las iniciales bastante transparentes á los dos hombres.

El rompimiento entre Aristides y la grue-a Laura hizo más ruido todavía que sus supuestos amores.

Saccard había dejado caer el portier y aun se ofan las risotadas que había producido su chiste en el salón.

—¡Qué buena muchacha!—dijo volviéndose hacia Sansonneau.—¡Es más viciosilla!.... Y usted tunantuelo es, sin duda, quien se aprovecha de esto. ¿Qué le han dado á usted?

Sansonneau negó sonriendo, estirando los puños de la camisa y sentándose en un confidente cerca de la puerta.

—Venga usted aquí, no trato de que se confiese conmigo ¡qué demonio! Ahora tenemos que hablar de negocios más serios. Esta tarde he tenido una larga conferencia con mi mujer... Todo está arreglado.

—¿Consiente en ceder su parte?—preguntó Sansonneau.

—Sí, pero no sin trabajo... ¡Las mujeres son más testarudas! Figúrese usted que la mía había prometido á una tía suya que no vendería nunca los terrenos; eran escrúpulos invencibles... Pero para último recurso tenía preparado yo una historia decisiva.

Y se levantó para encender un cigarro en el candelabro que Luisa había dejado encendido sobre la mesa; después volviendo á arrellanarse muellemente en el fondo del confidente, continuó:

—He dicho á mi mujer que usted estaba completamente arruinado; que usted había jugado á la Bolsa, que había derrochado el dinero con las mujeres, que se había metido en malos negocios, en fin, que estaba usted á punto de quebrar... Hasta le he dado á entender que no creía á usted muy honrado... Después la expliqué que el negocio de Charonne iba á verse mezclado con la ruina de usted, y que para evitar esto, lo mejor sería aceptar las proposiciones que usted hiciera, es decir, comprarle su parte.

—¡Pero eso es muy gordo!—murmuró el agente de expropiaciones. —¿Piensa usted que su mujer va á creer en semejantes embrollos?

Saccard sonrió. Se encontraba en un momento de expansión.

—¡Qué cándido es usted, amigo mío!—prosiguió Aristides.—El fondo del cuento importa poco; lo esencial son los detalles, el gesto y el acento. Llame usted á Rozán, y le apuesto lo que quiera á que le hago creer que es de día, y mi mujer no tiene mucha más cabeza que Rozán... La he dejado entrever abismos. Ni siquiera sueña en la próxima expropiación. Al ver que no comprendía

como en plena catástrofe podía usted pensar en echar sobre sí una carga más, le he dicho que sin duda consistía en que podría servirle á usted de obstáculo su intervención para jugar alguna tratada á los acreedores... Por último, la he aconsejado el negocio, como único medio de no verse envuelta en procesos interminables y poder sacar algún provecho de sus terrenos.

Sansonneau seguía encontrando el cuento algo burdo. Su sistema no era tan dramático; todas sus operaciones se enredaban y desenlazaban con la elegancia de una comedia de salón.

—Yo hubiera hecho otra cosa,—dijo.—Pero en fin, cada maestrico tiene su librico. No nos queda, por consiguiente, más que pagar.

—Precisamente en ese punto es en el que nos tenemos que poner de acuerdo. Mañana llevaré la escritura de cesión á mi mujer, y ella no tendrá que hacer más que remitir á usted dicho documento para recibir la cantidad convenida... Es preferible evitar toda entrevista.

En efecto, nunca quiso que Sansonneau fuese á su casa con carácter de intimidación. Jamás le invitaba, y únicamente le acompañaba á su casa los días en que era preciso que se viesen, pero aún así, esto no ocurrió más allá de tres veces.

Casi siempre trataba en representación de su

mujer, calculando que era inútil dejarle ver sus negocios demasiado cerca.

Abrió una cartera, añadiendo:

—He aquí los doscientos mil francos en pagarés firmados por mi mujer; se los dará usted en paro y añadirá usted cien mil francos que le llevaré á usted mañana... Esta es una sangría suelta, querido. Este negocio me cuesta un ojo de la cara.

—Pero,—observó el agente,—eso no nos hará más que trescientos mil francos... ¿Acaso el recibo será de esa cantidad?

—¡Un recibo de trescientos mil francos!—dijo riendo Saccard,—¡estaríamos arreglados! Es preciso, según nuestros inventos, que la propiedad sea tasada en dos millones y medio, y por lo tanto, el recibo será de la mitad.

—¿Y querrá firmarlo su mujer de usted?

—Sí, hombre; ¿no le digo á usted que ya está todo arreglado? ¡Qué diantre! ¡Le he dicho que esta era la primera condición que exigía usted! Usted nos pone el puñal en el pecho con la quiebra, ¿comprende usted la cosa? Y por esta circunstancia es por lo que he fingido dudar de usted, acusándole de querer estafar á los acreedores... ¿Acaso cree usted que mi mujer entiende de estas cosas?

Sansonneau movía la cabeza, murmurando: